

**VARIACIONES DEL MAR**  
(Selecciones)

*FRANCISCO MATOS PAOLI*

**CAMPO EN EL MAR**

Lámina repensada  
con temblor campesino.  
Traigo una alondra : pan  
de mis ojos. Y asisto

como en aurora siempre  
al cendal de su nombre.  
Marino es el rumor  
abreviado en el bosque.

Posee un agua ciega,  
novedad y caricia.  
De la montaña leve  
se acuerda. Cima a cima

va apurando los ojos  
de todas las alondras.  
Cambia la faz. Serpea  
en la tierra redonda.

Pero silente y amplio  
—escultura en sigilo—  
presta a las amapolas  
su caracol henchido  
de voz. La fruta en brasas  
de sol, lo transparenta.  
Campo que está azulado  
como el mar y su ciencia.

Recojo su reír  
en soledad de muros.  
Una alondra pasea  
detrás de sus maduros

resplandores. El campo  
aparece en el mar.  
Y se asoman sus labios  
a una órbita estable  
de armonía profunda.

#### CAMBIO E IDENTIDAD

¡Este fluir amable  
de sol y mar eternos!  
No es agua, sino aire  
crecido, ante el espejo.

Nocturno, sin arrimo,  
el mar saluda y tiembla.  
De infinitas estatuas  
está hecha su ausencia.

No es el pez. Es la sombra  
de su fanal agudo.

Es el ave que ahonda  
los cristales, los muros.

No es el ángel de oro.  
Sino renombre, espuma.  
Como aquellos secretos  
de la arena desnuda.

Sí, es un tallo de hoy.  
Una raíz de infancia.  
No. Era el cuerpo profundo,  
sin dónde. Era el alma.

Una orilla, otra orilla  
que modela las sienas.  
Algo inocente, puro.  
¡Azucena en vaivenes!

En las tupidas venas  
del mar quedan las cosas.  
Hacen nidos los pájaros,  
brillan las mariposas.

#### EL POETA

Ya el cantor en Dios se crea.  
Frente al mar está cumplido.  
Al aire manso, dolido  
de constelada marea.  
Ya en la lid se balancea,  
Apolo azul de su vino.  
Tiene una flecha: el camino  
de la nube. Ya se pierde.  
Por aquel follaje verde  
de los ángeles advino.

## ALMA EN EL MAR

En celaje de alma, en ardua vela  
el mar conoce el alma: la cautiva  
lumbre de su entereza fugitiva.  
El mar conoce el alma y la modela.

Porque se está en silencio y en procela  
—oh rubor de su espada pensativa—  
el mar entrega su paciencia viva,  
verde de soledad labra la estela.

¡Qué azul de su final resta a la ola!  
¡Es un orbe la espuma! Permanece  
tallada en torre de tenaz rocío.

Funda por las estrellas su corola.  
Y es flor de alma que en el ave crece,  
más allá de su pálido albedrío.

## MAR DE LA MUERTE

Doncel de muerte: escancia  
tu oído —resplandor de la dulzura—  
hacia un orto de infancia.  
La más bella criatura  
de la luz es el ser. No hay muerte pura.

Late en ardor. Concierta  
las cosas. Y recuerda su mirada  
cómo el alba despierta  
en la noche cerrada.  
(¿Y el mar? Jugando azul rige la nada.)

De su límite, el claro.  
De su ser, la alegría triunfadora.  
Y su inminente paro  
de blancura sonora  
multiplica el asedio de la hora.

Lo que es vida: ya asoma.  
Traspasa los estíos de las flores.  
Y el universo aploma  
de íntimos ardores.  
El mar eleva un haz de ruiseñores.

Maş la sangre es ausencia.  
En sabroso pavor alza su rielo.  
Por leer en su esencia  
de ríos en revuelo  
el mar —doncel de muerte— roba el cielo.

¡Qué sino de diamante  
fervoroso dirige la azucena!  
Vencer a cada instante  
la nada y su cadena  
de asombros estelares. ¡Qué serena

finitud en la mano  
de la espuma, con su mar abolido!  
¡Qué piloto lozano  
—sin arena y sin ruido—  
colma su ser de intimidad y olvido!

¡Doncel: qué suavidad  
de sol en los adioses reverbera!  
Es el mundo hermandad,  
dádiva, primavera.  
Remoto sobre el mar tu Dios espera.

## MAR DE LA NADA

Oh Dios, en estos mares:  
sentir la lluvia suave, idealizada.  
¡Cantar! Y los cantares:  
más altos que la nada.  
Ese frío que ronda sin mirada.

De la piedra: el temblor  
que se hermana —callado— al terciopelo.  
De la nube: el blanco  
más temible: su vuelo.  
El hombre, el mar, el río y su desvelo.

El mar, en blanca risa,  
deja el mármol sonar, el alma deja  
retornar a la brisa.  
La nada está perpleja.  
Pregunta por el agua que se aleja.

Participa su sombra  
en amor, en campana con su fuente.  
El amor es quien nombra  
una nada riente.  
La sola soledad rema en su frente.

Pero no, lumbre altiva,  
gaviota de la espuma cimbradora.  
Hay una rosa viva  
de plenitud. Y afiora  
el polen en su dicha salvadora.

Es la nada: se irisa.  
Primaveras columbra su dulzura.

Presente sed, sonrisa  
a medio abrir, perdura  
en el agua más honda de la altura.

### MAR DE DIOS

Doncel, tu mar acalla.  
Más simple que el conjuro y el latido.  
Por la ciega muralla  
pasa un ángel: tu olvido.  
Una esfera de agua con sentido.

Y en sobremar, aquieta  
la túnica desnuda y apremiante.  
Recibe la saeta.  
Es sed. Y que el diamante  
se rompa en la pobreza del semblante.  
Y en su cauce más puro, fluye ahora

Más desnudo de dioses.  
Más aéreo de luz, como el collado  
primaveral de adioses.  
De tiempo, libertado.  
Y en la piedra más pobre reclinado.

Doncel, por ti se irisa  
la nube, pierde el eco su mirada.  
Y en ciega y dulce prisa  
se demora la nada.  
¡Doncel resplandeciente, sobrenada!

Que el azul pide cielo.  
Y su cóncavo oído está en derrota.  
Levanta a su consuelo

la vestimenta rota  
de adioses. El rocío es lo que flota.

Como un rumor que ardía  
tinieblas y violaba la cabeza.  
De nuevo, la alegría  
de unidad atraviesa  
—planetaria— la sombra. El día empieza.

De abismo azul regido.  
y en su cauce más puro fluye ahora  
como el ensueño herido  
de amor, como la aurora  
que en gracia y en silencio colabora.

De la rosa: a la estrella.  
Del instante a lo eterno, con dulzura.  
Nupcial crece la huella  
del rocío. Y madura  
de memoria fugaz y muerte pura.